

que consiste en comunicar á todos los que creen, el Espíritu de su Padre y el suyo. Esta es la idea que se encuentra en el fondo de las parábolas que el Evangelista ha referido. El Agua viva de que le habla á la Samaritana, el Soplo misterioso de que se trata en la conversación con Nicodemo, la Fuente que brota de la roca, la Luz que ilumina al mundo, el Pastor que apacenta á las ovejas y que las lleva al pasturaje, todos esos símbolos expresan al Espíritu misterioso y divino de Jesús, la fuerza por la cual su obra se cumplió en el secreto de las almas y en la humanidad.

No hay en esos discursos prodigiosos, ninguna metafísica abstracta. Jesús, tal como lo revela San Juan, no es un filósofo como el Jesús de los tres primeros Evangelios. El no viene á demostrar la verdad por razonamientos ni á exponer un sistema religioso. Su palabra es la expresión llena, viva, adecuada á lo que es; la ley moral, es su voluntad y su espíritu, Dios para él, es el Sér viviente, amante, todopoderoso, el Padre, él ha traducido en el lenguaje humano, no la concepción interior que él se ha hecho por una vida sistemática, sino la realidad de que la tiene la percepción inmediata.

Los tres primeros Evangelios refieren lo que se ve en Jesús, el cuarto lo que no se ve. Pero como lo visible siempre tiene su causa invisible, los hechos de los sinópticos tienen su causa oculta en el Dios invisible que está en Jesús y que San Juan revela. Los unos nos muestran al Dios vivo entre los hombres, semejante á ellos; el otro nos habla de lo que es en sí mismo, en el seno del Padre.

Los primeros Evangelios muestran al hombre en Jesús, el cuarto revela á Dios. Todos, aun los profanos, pueden leer los unos, el otro está reservado á quienes ilumina la eterna Luz. El genio dejado á sus pobres claridades humanas, no le comprenderá, pero las almas sencillas le entenderán, á pesar de su sublimidad; y cualquiera que le abra debe recordar la palabra del Maestro: Bienaventurados los corazones puros, porque ellos verán á Dios.

La autenticidad del más divino de los Evangelios jamás ha sido negada entre los antiguos. Una sola secta obscura, los Aloges, la ha repudiado, pero ella no invoca ningún testigo y no se apoya más que sobre razones dogmáticas. Los que niegan al Verbo no pueden aceptar al Evangelio del Verbo.

Casi todos los Padres apostólicos contienen citas muy cuidadosamente realizadas por *el Doctor Funk*.¹

Nada se puede oponer al testimonio de Irineo, discípulo de Policarpo, también discípulo de San Juan, atestiguando la existencia del escrito johánico.²

El ha sido redactado en griego, en Patmos, según unos, en Efeso, según otros. La tradición es incierta sobre este punto, lo mismo que sobre la época exacta de la redacción. Es verosímil que el Apóstol la escribió en su vejez, cuando, por haber sobrevivido á los testigos directos de la vida y de la doctrina de Jesús, él fué rogado por todos los obispos de las Iglesias de Asia Menor, levantara su gran voz para confundir á las negaciones nacientes de las que era objeto la naturaleza de Jesús, y que se multiplicaron durante seis siglos, siempre vencidos por el testimonio del cuarto Evangelio.

Por lo que toca al silencio de Papias, nada arguye contra el cuarto Evangelio. Un nuevo fragmento del obispo de Hierópolis, citado por Tomasius (I, 344), y que lo he tomado del Dr. Aberle,³ atestigua que él conocía la obra del Apóstol.

Por lo demás, la autenticidad de los cuatro Evangelios canónicos es una cuestión ya resuelta.

Está probado por el fragmento del canon de Muratori que, bajo el pontificado de Pio primero, en 142, existían cuatro Evangelios, que la Iglesia Romana no reconocía otros, que ella los leía en el mismo orden en el que están clasificados actualmente, que ella los tenía como inspirados por Dios, escritos por uno solo y mismo Espíritu.

Está probado, por una comparación sabia y detallada, que

¹ Opera Patr. apostol., tomo I, p. 565 y sig.

² Irineo, Adv. heres., III, 1, 1.

³ Eileitung in das Neu Test., p. 112.

todos los Evangelios pueden ser reconstituidos, fragmento por fragmento, pero integralmente, por medio de citas recogidas en las obras de los Padres de los siglos primero y tercero, desde el autor de la Epístola de Bernabé hasta Tertuliano é Irineo.

Está probado que no solamente desde la mitad del segundo siglo, en 150, existía ya una versión latina de los Evangelios, la vieja Italiana, sino que antes de ella había dos, la una hecha en Africa y la otra en Italia. Está probado, merced al descubrimiento de M. Cureton, que antes de la antigua Italiana existía una versión siríaca, la *Peshito*; que ella había sido traducida al griego, y que el traductor de la Italiana tuvo á la vista esta traducción griega conteniendo en el margen variantes siríacas á las cuales, sobre todo, él se ha referido. Así está probado que las traducciones son contemporáneas de los originales.

Está probado, en fin, por el descubrimiento del Codex Sináítico de M. C. Tischendorf, que en la época misma en la que, según Tertuliano, el manuscrito autógrafo de los Evangelios se conservaba aún en las Iglesias apostólicas, existía una copia contemporánea. Esta copia nos está ofrecida en el Codex Sináítico, anterior á las correcciones de los manuscritos exigidos oficialmente por Constantino.

En tal virtud, hay derecho para concluir que los Evangelios existían desde el primer siglo, y que ellos existían tales como los poseemos. En defecto de los manuscritos originales, autógrafos, cuando menos tenemos traducciones contemporáneas. La crítica está satisfecha. Entre ella y la tradición de la Iglesia, sobre este punto esencial, es total la armonía.

IV

El primer carácter de esos documentos es el de ser, ante todo, en el sentido más riguroso y más preciso, testimonios.

Ellos no discuten, ellos no exponen ideas, teorías; ellos no explican, ellos refieren hechos, ellos traen palabras, ellos las afirman. De ahí su impersonalidad. El autor desaparece ante las cosas. Si él se revela algunas veces, por ejemplo en el prólogo del tercer Evangelio ó en el cuarto, con una reserva extrema, es para declarar que él no es más que un testigo, quien sobre todo está instruido y que ha visto ó escuchado lo que ha escrito.

No sorprende la expresión de los sentimientos íntimos en los que se desbordaban esos escritores pintando la vida de su Maestro. Ningun entusiasmo, ningún grito de admiración, ninguna reflexión propia. Ellos se acuerdan, he aquí todo; y ellos escriben sus recuerdos según se los sugiere el Espíritu, ó que otros testigos pueden precisarlos mejor.

Ciertos acontecimientos han herido más vivamente á unos que á otros; la narración es más detallada, más viva, más fresca de color. Las circunstancias en las que cada uno de ellos ha escrito, han sido también una de las causas positivas del escrutinio y de la elección de los hechos y de las palabras sin número que ellos habían podido ver ó escuchar en la vida de su Maestro. El círculo de los lectores á los que ellos se han dirigido no ha contribuido poco á modificar su obra. Ellos no podían hablar á los Judíos que negaban la mesianidad de Jesús como á los paganos sin preocupación judía, á los sencillos sin cultura como á los convertidos, nutridos en la Gnosis judía ó griega, á las Iglesias en las que los Judíos pretendían legar la libertad evangélica con la servidumbre legal como á las Iglesias libres de estas cuestiones irritantes. Aquel que había sido admitido, desde la primera hora, en la intimidad del Maestro, quien había concentrado en su alma amante las mejores confianzas de Jesús, quien, más que cualquiera otro, había sido herido por las conversaciones en las que él revelaba su naturaleza divina, su filiación eterna, los profundos misterios de la fe y de la salvación por el Espíritu, debía evidentemente dejar pasar en su testimonio una suavidad, una ternura, un encanto,

una vivacidad de recuerdo que nadie iguala. Mas todas estas diferencias se desvanecen en un hecho superior y en una unidad más elevada.

Todo, en la obra de cada Evangelista, viene de Jesús. El y sólo él es á quien se ve vivir, el solo á quien se escucha. El sermón sobre la montaña, las parábolas, las discusiones con los Fariseos y los Saduceos, las instrucciones á los doce apóstoles y á los setenta y dos discípulos, los anatemas contra los falsos doctores, la predicación de la ruina del Templo y de Jerusalem, los anuncios repetidos de su pasión futura y de su muerte, su conversación con la Samaritana y con Nicodemus, las afirmaciones solemnes de su mesianidad, á la faz de los grandes de Jerusalem, bajo el pórtico de Salomón, las declaraciones prodigiosas de su naturaleza divina, de su igualdad con el Padre, de su función mesiánica simbolizada en la roca de Horeb, por las luces de la fiesta de los Tabernáculos, por todos los grandes hechos de la Historia judía y por el culto que recordaba los hechos: todo esto es la palabra de Jesús. Pretender que los Evangelistas y principalmente el cuarto, hubieran prestado discursos á su Maestro, le hubieran hecho hablar, como Tito Livio á los generales romanos, era quitarle el único título que todos reclamaban formalmente, era desconocer el respeto infinito que ellos tributaban á su Maestro, era romper y contradecir, sin ninguna razón positiva, á la tradición universal, no interrumpida, era hacer mentir á aquel que ha dicho con una insistencia solemne: "Lo que hemos visto, lo que hemos escuchado, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que hemos contemplado, lo que nuestras manos han tocado del Verbo de la Vida;—sí, la Vida se ha manifestado, y nosotros hemos visto, y atestiguamos, y anunciamos la Vida eterna, aquella que ha estado cerca del Padre, y nos ha aparecido,—lo que hemos visto y escuchado, nosotros os lo anunciamos."¹

¹ Eies. I, 1-3.

Así se explica, cómo esos pensadores de Galilea, esas naturalezas incultas, han podido escribir un libro semejante á los Evangelios: ellos no han tenido más que su recuerdo. Si ellos hubieran compuesto un diálogo al estilo de Platon, ó algún tratado del género de Filon de Alejandría, se hubiera creído en su genio; y su genio hubiera parecido sospechoso. Ellos hubieran puesto sus ideas y su creación en la obra. Mas ellos no sabían nada. Todo lo que se puede observar en ellos, es que, bajo la acción constante de Jesús, ellos han despojado poco á poco las preocupaciones populares de su raza, y aceptado, con una fe plena, los ejemplos, la palabra de su Maestro. Ellos no existían propiamente hablando, es su Maestro quien es todo en ellos.

En muchos casos, prefiero, como crítico, el sencillo campesino, al académico avisado y sutil.

El primero me dirá lo que ha visto buenamente; el otro querrá explicármelo. Lo que interesa al historiador, ante todo, es el hecho; la explicación del hecho no viene sino después. En toda hipótesis, antes de explicar los fenómenos, importa comprobarlos. Yo desconfío de esta operación del espíritu muy cultivado: él siempre tuvo á la vista su sistema. El llama á esto un instrumento perfeccionado. ¿No se forma él una ilusión? Este es un instrumento perfeccionado para ver lo que se quiere y para no ver lo que nos conviene.

El carácter testimonial de los Evangelios descansa no solamente en la intención expresa de los redactores, solemnemente formulada por ellos, sino también y principalmente en la voluntad de su Maestro:—"Id, les dijo, al dejarles, enseñad á las naciones y noticiadles todo lo que os he confiado. Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.² Vosotros sois los testigos de estas cosas.³ Vosotros recibiréis la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y daréis

¹ Mat., XXVIII, 19, 20.

² Luc. XXIV, 48.

testimonio de mí en Jerusalem y en toda la Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra."¹

Su palabra no será un simple recuerdo humano, entregada á los azares de la memoria y de la frágil conciencia; ella será guardada, sancionada por la virtud del Espíritu de Jesús viviendo en ellos, y sugiriéndoles en todo momento lo que es necesario decir."²

De esta manera la Iglesia, en una tradición no interrumpida, siempre ha considerado á los Evangelistas.

De esto se sigue, que no se puede distinguir en su obra un elemento propio á los escritores y otro propio á aquel de quien ellos escriben. Todo lo que ha salido de su pluma pertenece á Jesús, ya como acto de su vida, ya como enseñanza de su doctrina. El acto es más ó menos preciso, vivamente descrito, la enseñanza es reproducida más ó menos completa ó fraccionada; mas la una y la otra son parte integrante de la vida y de la doctrina del Maestro.

Ahí está el secreto de la belleza, de la sencillez, de la santidad, de la inmortal virtud de los Evangelios. No es el alma, el espíritu, el genio de los escritores los que han pasado en ellos; es el alma, el genio, el espíritu de su héroe. El vive en ellos, obra, habla, conmueve, alumbrá y santifica. Su dulzura irradia y cubre, su atractivo encanta y atrae, sus ejemplos arrastran, su bondad siempre se comunica. Se camina en su séquito, con los pobres que le hacían cortejo, con los pecadores y los enfermos á quienes curaba sus llagas visibles y sus heridas ocultas; se pueden escuchar sus lecciones, como él las daba á la multitud, sentarse con ella, para escucharlas, en la cima de las colinas de Galilea ó sobre la playa de su lago, acompañarle en sus viajes y reconocerle con sus fieles como el Hijo de Dios. No, nadie ha hablado con una potestad semejante y derramado tantos beneficios. Sus confidencias íntimas á sus discípulos, sus despedidas, sus últimas conversacio-

¹ Act. I, 8.

² Juan, XIV, 16.

nes en la víspera de morir, nos parecen dirigidas; sus dolores se dejan ver en su aterradora plenitud; su suplicio atroz nos hace llorar como sus amigos al pié de la cruz. Su triunfo prodigioso nos afirma; y, al verle dejar la tierra en la gloria de su Ascensión, nos sentimos llenos de esperanza y de fuerza, porque él nos deja, como á sus fieles discípulos, el Espíritu que ha vencido al mundo y que nos hace ser hijos de Dios.

Esos documentos guardan una vida, una juventud, una frescura eternas. Ellos son como el Cristo de quien dan testimonio.

El era ayer, es hoy, será mañana. El cielo y la tierra pasarán: su sér, su palabra, jamás. Todos los que sufren, pueden leer los Evangelios, en ellos beberán el consuelo; los que aman pueden meditarlos, en ellos aprenderán el sacrificio; los que quieren el bien pueden interrogarlos, ahí encontrarán el secreto de toda virtud. Los desesperados ahí verán la salvación, y todos los que piensan, si los escudriñan con un corazón recto y sencillo, serán vencidos por esta sabiduría divina que nos instruye del misterio de Dios, descubriéndonos las miserias del hombre y el medio de aliviarlas. ¿Qué otra ciencia vale la pena de vivir?

Hay en la historia dos clases de documentos: los unos son letra muerta, los otros son vivientes; los primeros, verdaderos restos de los pueblos, de las sociedades, de las civilizaciones, de las razas desaparecidas, piedras y planchas grabadas, pergaminos y tiras de papiro cubiertos de geroglíficos ó de caracteres de una lengua desconocida, no pertenecen á nadie; ellos han caído en el dominio de todos, y ellos no tienen el espíritu vivo de un pueblo* para interpretarlos; los segundos permanecen en la propiedad de un pueblo, de una sociedad, de una religión viva. Ellos están escritos en una lengua que se habla y que se entiende; ellos son guardados intactos por los que viven y conocen su valor.

Todos los documentos egipcios, asirios, fenicios y otros son de la primera categoría. Los Evangelios ocupan el primer ran-

go en la segunda. Ningún libro merece mejor el nombre de viviente.

Lo que ellos refieren es la vida misma de millones de conciencias que piensan como ellos, se dirigen conforme á ellos, se consuelan en ellos, esperan por ellos. Ellos han nacido en una sociedad religiosa que los mira con justo título como á su bien, sus títulos de familia, uno de sus más preciosos tesoros. Esta sociedad, quien, bajo el nombre de Iglesia, cubre al mundo, presenta á todos su Evangelio; pero no toca más que á ella el interpretarle. Ella es su autor, puesto que él ha nacido de ella. ¿Quién conoce mejor el pensamiento de un libro? ¿Acaso no es el que le ha concebido?

Si fuese preciso probar esta verdad muy sencilla y sin embargo desconocida, yo diría á los que la olvidan, á todos los sugetos que no hacen caso de la Iglesia y de su doctrina tradicional para llegar al sentido de los Evangelios: cuando queréis interpretar los documentos muertos ¿qué método seguís? Ensayáis reconstituir al pueblo al que pertenecen, le evocáis de alguna manera, le reanimáis de sus cenizas, y cuando le veis vivo ante vosotros, con su lengua, sus costumbres, sus doctrinas, con toda su historia, aventuráis la lectura del documento, y dais tímidamente la interpretación, porque la resurrección histórica de una civilización concluida, de un pueblo anonadado, es siempre imperfecta. Ahora, los documentos evangélicos no son documentos muertos, ellos pertenecen á un pueblo vivo, que siempre crece, que habla, que enseña, que no cesa de interpretarlos, de leerlos y de reanimarlos.

¿Con qué derecho el tratarlos como á un simple papiro descubierto en la tumba de alguna momia, ó como á un viejo pergamino olvidado en los archivos de una ciudad devastada?

Si los Egipcios de Ramses volvieran á las orillas del Nilo, serían, yo pienso, los mejores intérpretes de sus escrituras: los egipólogos no tendrían dificultad alguna en reconocerles. En buena crítica, y sin invocar para la Iglesia católica la autoridad infalible que ella tiene de su Maestro en la conservación

é interpretacón de la fe, pido que se la trate como á toda sociedad viviente é inteligente, y que se quiera admitir que ella mejor que nadie está en aptitud para explicar sus propios libros.

Reconocido este derecho, no tengo ninguna dificultad de aplicar á los documentos que han quedado vivos á pesar de su antigüedad secular, el método que consiste en colocar esos libros en el medio que les vió producirse, y traer al conocimiento de ese medio elementos de gran valor para mejor comprenderlos.

Permitaseme un ejemplo. Hay, en los autores evangélicos, una expresión significativa cuya interpretación es de la mayor importancia: es la expresión Hijo de Dios, aplicada á Jesús.

Los críticos modernos que estudian los Evangelios como á un simple Herodoto ó á un Tito-Livio, dicen justamente que la locución tiene diversos sentidos y que ella se torna algunas veces en sentido metafórico y moral, y que bajo este punto de vista, ella puede aplicarse y se aplica de hecho á los hombres.

Ellos agregan: En este sentido es en el que se le debe aplicar á Jesús.

La cuestión es saber cómo quiso Jesús que se le aplicara y de qué manera los apóstoles se la han dado.

Esta es una cuestión de hecho y de testimonio. La Iglesia, guardiana de la tradición de los apóstoles, repitiendo con ellos y según ellos, de edad en edad, lo que ellos han enseñado, la Iglesia afirma que el título de Hijo de Dios siempre ha sido, desde San Pedro que se lo dió el primero, hasta el presente, un título que implica, no una filiación metafórica y moral, sino una filiación absoluta, en la identidad de una misma naturaleza divina.

¿Qué puede probar la exégesis en oposición con un testimonio semejante? Ciertamente, la razón es libre de rehusar su fe á la palabra de la Iglesia como á la de los apóstoles y á la de Jesús; mas yo no comprendo cómo ella venga á decir á los autores de los mismos libros, ó,—lo que es lo mismo,—á

os guardianes fieles de estas obras: Vosotros no sabéis lo que escribís y leéis.—En verdad, ¿qué puede ella conocer?

Entendida en el sentido católico, la expresión puede parecer estrecha ó chocante á ciertos espíritus; pero si Jesús la ha aceptado en el sentido católico, el historiador no tiene más que consignarla, y falseará la historia si se lo rehusa.

V

Otro carácter de los documentos evangélicos, es el número, la variedad y la indisoluble armonía.

El número es necesario para el valor del testimonio, él la garantiza, él la confirma. Cuatro testigos tienen más peso que uno solo, cuando su palabra, á pesar de las diferencias individuales, permanece concordante.

La variedad no importa menos; el número no existiría sin ella. Cuatro testigos refiriendo la misma cosa en términos siempre idénticos se confundirían en uno solo. La validez del testimonio exige disposiciones que estén acordes en el fondo y que se diversifiquen en el detalle, sin contradecirse. Las narraciones evangélicas comparadas presentan ese carácter. La historia de Jesús, compuesta toda entera con sus narraciones refundidas, dará la prueba al lector; yo no puedo hacer cosa mejor que enviarle á la obra. Sin embargo, yo debo prevenirle que he examinado con una escrupulosa atención las oposiciones contradictorias que ciertos críticos han pretendido ver en la narración múltiple de los cuatro evangelistas; jamás he podido descubrirlas. En verdad, yo me he prohibido reconocer un solo hecho cuando los detalles me probaban que había dos, y de esta manera, muchas contradicciones se han desvanecido. Citaré, como ejemplo, el asunto de los ciegos de Jericó. Yo admito dos milagros, uno á la entrada de la ciudad, otro á la salida; mas yo preguntaré á los exegetas que no han querido ver más que uno solo, sobre qué motivo apoyan su aser-

to. Si según San Lucas, cierto ciego fué curado cuando Jesús llegó ¿por qué recusar su testimonio? y si, según San Mateo y San Marcos, otros dos, de los cuales uno es llamado Bartimeo, fueron curados cuando Jesús partió ¿por qué recusar su narración? La tradición era confusa, responden: de ahí la confusión de los narradores. ¿Qué saben ellos, y cómo pueden probarlo?

Citaré todavía las dos genealogías de Jesús, la de San Mateo (I, 1-16) y la de San Lucas (III, 23-38). Dícese que ellas se contradicen; si la primera es verdadera, la segunda no lo es; y por el contrario, si la segunda es auténtica, la primera no puede serlo.

La deducción sería incontestable, con la condición de no apoyarse en una hipótesis errónea. ¿Por qué las dos genealogías no serían verdaderas, la una como la otra? Bastaría sencillamente que ellas fuesen diferentes, que la primera diese los ascendientes de Jesús por Heli de quien José es el heredero legal; lo que hace San Lucas; y que la segunda enumerase los ascendientes de José por Jacob, según la paternidad natural; lo que hace San Mateo. Llámase á esto un expediente. ¿Por qué? Tengo tanto derecho de considerarlo como de la historia.¹

Una condición esencial para comprender la armonía de los cuatro documentos evangélicos, es el formarse una exacta idea de los escritores que los han redactado. Ellos no pretenden decirlo todo, al referir un hecho ó un discurso. Ellos anotan algunos rasgos, algunos fragmentos, y esto basta á la historia.

Lo que uno ve de perfil, el otro lo ve de frente. Tal detalle ha llamado la atención de este, tal del otro. Resulta de esta libertad dejada á los narradores, omisiones más ó menos voluntarias, cuadros más ó menos completos; concluiríase mal al compararlos, arguyendo de la omisión de un detalle á la falsedad de ese detalle en la narración que lo contiene. El papel

¹ Véase el Apéndice B: *Las dos Genealogías d'Jesús*.

verdadero del crítico imparcial, en la comparación de los documentos, es el de completar el uno por el otro.

Las diferencias que se observan entre los cuatro evangelistas, tienen causas múltiples y precisas que me limitaré á señalar sumariamente: todas ellas se explican, por poco que se reflexione, por la persona misma del redactor, por el fin que él se proponía, los lectores inmediatos que él había visto, y las circunstancias determinadas, historias del medio en el que había vivido. Esas circunstancias frecuentemente han puesto de relieve á las acciones y palabras de Jesús, quien fué siempre para ellos el modelo que imitar y la regla doctrinal que seguir.

Así, cuando la lucha entre los judaizantes y los paganos, desgarraba á las Iglesias nacientes, es evidente que las palabras del Maestro profetizando la conversión de los paganos, y las escenas conmovedoras donde él ensalzaba su fe cuando la encontraba, debieron despertarse más vivas en la memoria de los discípulos. Esas circunstancias determinaban el fin de los escritores, quienes al dar testimonio de lo que Jesús había hecho y enseñado, afirmaban la fe y cortaban toda cuestión. El círculo de los lectores era de tal manera circunscrito por el fin, como el fin era determinado por las circunstancias; y el Espíritu viviente del Maestro desaparecido daba á los Evangelistas el impulso deseado para discernir lo que era preciso decir, ó para separar lo que convenía aún guardar veladamente. Todo en ellos estaba subordinado á ese espíritu interior que les asistía, mejor sin duda que el genio nacional no inspira á los que refieren la historia de la patria. Cualesquiera que sea su trabajo, — que ellos se recojan para encontrar sus recuerdos, que ellos interroguen á los diversos testigos de la vida del Maestro, que ellos consulten los escritos anteriores, — el Espíritu está ahí para defenderlos contra la falta de atención y el fraude, para mantenerlos en la plena verdad del testimonio.

VI

La indisoluble armonía entre los cuatro Evangelios siempre ha sido reconocida, á pesar de sus diferencias desde la más remota antigüedad. Ella es de tradición universal en la Iglesia. Cada uno de sus libros conteniendo la palabra misma de Dios, era imposible admitir en ellos un desacuerdo. La palabra de Dios no puede estar en contradicción consigo misma. Así, desde la mitad del segundo siglo, las concordancias, las *diatessaron*, como se las llamaba, fueron publicadas para traer á la unidad las cuatro narraciones inspiradas. Esta unidad *á priori* está justificada por el estudio crítico, por una comparación atenta de los documentos. No solamente los tres primeros Evangelios que han sido llamados *sinópticos* á causa de la similitud manifiesta de su plan, concuerdan entre sí, sino que armonizan con el cuarto, á pesar de las profundas divergencias aparentes.

La primera ojeada sobre esta última obra demuestra, en efecto, que él no invoca para nada á sus tres antecesores. Los hechos, el cuadro geográfico y cronológico, los discursos, todo difiere. Ciertos críticos han sido impulsados á sacar de esas diferencias una contradicción, y han formulado este dilema: Si los *sinópticos* son exactos en la manera de trazar la vida de Jesús, San Juan nos ha dado una historia fantástica, y si los discursos referidos por los tres primeros Evangelios son los verdaderos discursos de Jesús, los de San Juan son una composición artificial; y por el contrario, si el cuarto Evangelio es verídico en sus narraciones y sus discursos, los tres primeros no pueden serlo.

No solamente las diferencias reales, evidentes, que debemos comprobar entre los Evangelios *sinópticos* y el cuarto, no autorizan á concluir una oposición invencible, sino que ellas más bien demuestran la armonía indisoluble de los cuatro docu-

mentos. San Juan no contradice á sus predecesores, él los completa y los explica, bajo el punto de vista del cuadro geográfico y cronológico de la vida del Maestro, de los hechos que forman la trama de esta vida y de los discursos que resumen su enseñanza.

Los tres primeros Evangelios no han dado por teatro al apostolado de Jesús, más que la Galilea y Jerusalem; la narración de San Juan prueba que antes de anunciar en Galilea el Reinado de Dios, Jesús, durante un año entero, predicó en Judea y se reveló solamente á la metrópoli por la expulsión de los vendedores del Templo. Los sinópticos no hablan expresamente más que del último viaje de Jesús á Jerusalem por la Pascua en la que debía morir; San Juan menciona todos esos diversos viajes en la Ciudad Santa, su retiro en Perea, más allá del Jordán y en Efrein, sobre los confines del desierto. Los sinópticos no comienzan la narración de la vida pública, sino en la época de la prisión de Juan Bautista; el cuarto Evangelio la hace comenzar con el bautismo de Jesús y determina su duración total por las tres Pascuas que menciona.¹ Los sinópticos, no nos dan ningún punto de mira para la clasificación cronológica de los hechos de la vida pública; San Juan los señala con una precisión extrema por los diversos viajes de Jesús á Jerusalem,² á las grandes fiestas Judías. Los sinópticos, no habiendo referido las diversas permanencias del Maestro en la metrópoli, no han podido instruirnos de lo que ahí hizo, ni de las enseñanzas solemnes que ahí dió; pero San Juan nos lo refiere con gran riqueza de detalles.

Todas esas informaciones preciosas, como se ve, no contradicen en nada á los sinópticos, ellos llenan sus lagunas, y tienen además el mérito de explicar su narración. Sin ellos es imposible reconstituir el drama conmovedor de la vida de Je-

¹ Juan, II, 13; VI, 4; XII, 1; XIII.

² Juan, V, 1; VII, 2; X, 22. Los sinópticos contienen sin embargo ciertas alusiones á los viajes de Jesús á Jerusalem; pero no estamos informados sobre esos viajes sino por el cuarto Evangelio. (Mat., XXIII, 37; Luc., IX, 51; XIII, 22).

sús, de comprender su modo particular de enseñar y de instruir. Las grandes luchas, las enseñanzas más sublimes, han debido tener á la metrópoli judía por teatro y á las autoridades nacionales por testigos. Ahí es en donde debía terminarse la carrera del Mesías, ahí en donde debía producirse con un brillo soberano. La Galilea para Jesús, no ha sido más que un lugar relativamente tranquilo, en donde, lejos del foco de odio que, desde el primer día, le amenazó, pudo evangelizar el Reino de Dios á los pecadores y á los humildes, formar sus discípulos y establecer las bases de su obra en las conciencias fieles destinadas á divulgarla. Pero si él se retiró á Galilea, como lo dicen los sinópticos,¹ Juan sólo nos da el motivo histórico de esa retirada.²

Según los tres primeros Evangelios, se observará que Jesús, como Taumaturgo, Maestro y Doctor, obró y habla con una autoridad personal absoluta. Cuando él cura á los enfermos, manda á los espíritus malos, resucita á los muertos, no se le ve invocar á un espíritu superior del cual derive una fuerza; habla, impone las manos, ordena; y los enfermos son curados, los demonios se ahuyentan, los muertos resucitan. Cuando él enseña, la misma conducta: perdona los pecados, como Dios, promulga la ley moral en su propio nombre, como Dios; no es en nombre de Dios como él la impone, es en su nombre. El quiere que sus discípulos reconozcan en él al verdadero Hijo de Dios vivo; y les alaba de haber llegado á esta fe suprema y total.

¿Qué cosa es un sér semejante? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Cuál es la relación real con aquel que él llama su padre? ¿Cuál es en las conciencias su obra propia? ¿Quién es sino el personaje mesiánico anunciado por los Profetas y realizado en él? ¿Cuál es el secreto del Reinado fundado por él?

Los tres primeros Evangelios no refieren más que la palabra de Jesús en donde todas esas cosas han sido dichas en pa-

¹ Mat., IV, 12; Marc., I, 14; Luc., IV, 14.

² Juan, IV, 3.

rábolos y en signos. Estaba reservado al cuarto Evangelio darnos la plena claridad, colacionándonos los discursos más solemnes y más íntimos en donde Jesús ha expresado, en una lengua que ninguna criatura puede hablar, esos misterios inefables.

Jesús no es un hijo de Dios, él es el Hijo; este es el nombre que él siempre se da. El es uno con el Padre,¹ de la misma esencia; antes que fuese Abraham, antes que el mundo fuese,² él era, y él estaba en el Padre.³ El lo ha recibido todo del Padre: potestad, luz y vida. El juzga, él alumbrá, él vivifica. El comunica su Espíritu, y con su Espíritu la vida eterna. El es el más expresivo, la única y perfecta manifestación del Padre. Quien le ve, ve al Padre; quien le ama, ama al Padre. El está en el Padre, como el Padre está en él.⁴

Esas revelaciones trascendentales á toda conciencia y á toda inteligencia creadas no pueden ser aceptadas sino por aquel que da su fe á la palabra de Jesús. Ellas nos transportan á una esfera divina, inaccesible al genio mismo, pero abierta á el alma sencilla y al corazón recto.

No solamente semejantes discursos no contradicen las enseñanzas morales de Jesús y sus parábolos, sino que les dan la única explicación que las aclara.

Si Jesús ha hablado como San Juan le hace hablar, comprendo al Taumaturgo, al Doctor de los sinópticos, á la soberanía absoluta con la cual él obró, y la autoridad propia con la que formula su ley. Así es como el Hijo de Dios,—el único, el verdadero, sin metáfora y sin reserva,—debió mandar y sin reserva; si nó, el Jesús de los sinópticos se convierte en un enigma indescifrable, y se pregunta cómo un sencillo enviado de Dios, ha osado asumir un modo de ser, de obrar y de hablar que nó convenga más que á Dios.

1 Juan, X, 30.

2 Juan, VIII, 58.

3 Juan, XVII, 5.

4 Juan, XIV, 10.

La unidad de los documentos es indisoluble. No se puede oponer uno al otro mas que invocando motivos extraños á la historia. Los que parten de la hipótesis que Jesús no es más que un hombre, están condenados evidentemente á sacrificar todo el cuarto Evangelio, los hechos como los discursos; no se podrían admitir los unos y repudiar los otros, ellos forman un todo indivisible. El escritor que atestigua los hechos garantiza con su testimonio los discursos. Su obra es de una sola pieza, ella se contiene en todas sus partes y se funde con la obra de los tres primeros Evangelios. Es imposible escribir una vida de Jesús conforme á las reglas de toda historia y de toda crítica, sin las informaciones johánicas. La primera condición para trazar la historia de una personalidad superior es poner de manifiesto la conciencia íntima que ella tenía de sí misma; pues bien, este es el objeto principal de San Juan al revelarnos, en Jesús, esta conciencia íntima. El historiador no tiene que investigar si semejante revelación cuadra ó contradice sus ideas y filosofía; su papel es más importante, más desinteresado: él nos debe en su pleno tenor, el testimonio de aquellos que han visto y que han oído.

El primero, el gran error de la crítica moderna, protestante ó incrédula, en el trabajo inmenso y pertinaz que ella ha consagrado á los documentos evangélicos, desde el siglo diez y ocho, en Francia, en Inglaterra, en Suiza y en Alemania sobre todo, ha sido tratar á esos documentos como á una letra muerta. Ella á sabiendas ha olvidado, que ellos no eran libros caídos en el dominio público, sino la propiedad inajenable de la Iglesia católica. A no ser que para ella, la Iglesia no fuese una institución divina, habiendo recibido de su fundador la guardia infalible de su palabra escrita ú oral, ¿podía desconocer ella su elevado valer como sociedad organizada? Y por lo mismo, ¿de dónde tomaría ella el derecho de considerar á sus propios libros como á un simple papiro del viejo Egipto, escapado á la ruina del pueblo, que había ahí trazado algunos caracteres, algunos pensamientos?

La tradición indefectible de una religión como la de Jesús, encadenándose sin interrupción desde hace diez y ocho siglos, dejando á cada siglo la impresión vigorosa de su fe, en obras innumerables, eminentes por la doctrina que ellos exponen, por las virtudes que ellos enseñan y por el genio que las concibe,—semejante tradición puede ser ligeramente desechada? ¿No es esto una fuerza poderosa? Y puesto que esta tradición es la guardiana viva de los Evangelios, ¿no es á ella á quien se debe recurrir, en buena é imparcial crítica, para comprenderlos, para saber su origen verdadero y su tenor?

Todo libro separado de la sociedad á la que pertenece y de la que forma un elemento preciso, está á merced de cualquiera.

Los Evangelios arrancados á la tradición religiosa de la que son el más antiguo y sagrado monumento, han sido presa de todos.

Para hacerlos hablar, fué preciso reanimarlos; porque el alma de un documento está en el medio que lo ha inspirado, en las ideas que dominaron ese medio, en las pasiones que lo agitaron, en las costumbres que lo caracterizaron. Ellos han ensayado reconstituir artificialmente ese medio, y, naturalmente, á la Iglesia es á la que han recurrido, á los libros de sus doctores, y aun á las obras que tenían á la vista y trataban de comprender. La escuela de Tubingue, impulsada por Baur,¹ se ha señalado particularmente en esta evocación difícil. Su gran hipótesis ha sido convencida de arbitrariedad y exageración. No ve en el cristianismo primitivo del primero y segundo siglo sino el antagonismo de los judíos cristianos, representados por Pedro, Santiago y Juan, y del cristianismo universalista, representado por Pablo, es limitar el horizonte, dar á un detalle el valor del conjunto, tomar una facción obligada para componer toda una fisonomía. Todos los escritos apostólicos, y los Evangelios en primera línea, habiendo sido

¹ Vorlesungen über Nev. Test. Theologie.

interpretados bajo este punto de vista estrecho y exclusivo, se adivina lo que han sido en manos de la crítica y de su escuela.

¿Qué ha resultado de ese trabajo encarnizado para la solución del problema que se ponía á los documentos?

¿Acaso se ha explicado su modo de formación, hallado el secreto de su semejanza y de su divergencia? ¿Se ha penetrado la razón de la unidad indisoluble que los aproxima como á los miembros de un cuerpo? ¿Acaso se ha descubierto el orden exacto de su origen?

Basta recorrer las obras sinnúmero escritas sobre este asunto para comprobar la omnipotencia radical de aquellos que han suscitado esos diversos problemas.

Todas las hipótesis han sido sostenidas.

Unos han admitido á un Evangelio fuente en la cual han debido beber los tres primeros Evangelios.¹ Herder los combatió; nuestros Evangelios, según él, traen su origen de un Evangelio oral. Narradores ambulantes, un verdadero cuerpo de rapsodas, caminaban anunciando la buena nueva; sus narraciones, aprendidas de memoria, embellecidas y enriquecidas, he aquí la fuente de nuestros Evangelios escritos.

Hubo también la teoría de los pequeños folletos,² redactados por anónimos, especie de fragmentos históricos de la vida de Jesús, que han servido principalmente para componer la obra de San Lucas.

Se pretendió que el Evangelio de Mateo había sido recompuesto; se creyó en un Mateo primitivo que hubiera desaparecido y hubiera servido para la redacción del primer Evangelio actual, y del segundo, atribuido á San Marcos.

Mas algunos daban á San Marcos la prioridad, y lo consideraban como la fuente de San Mateo y de San Lucas.³

Esas hipótesis indefinidas que se suceden las unas á las

¹ Eichhorn, *Einführung in d. N. Test.*

² Schleiermacher, *Kritisch. Versuch üb. der Schrift des Lukas.*

³ Reuss, *Historie évangélique.* Introd.

otras acusan su fragilidad, porque al sucederse, ellas se destruyen, y no hay una que pueda durar algunos años. Se las olvida en unión de los que las inventaron.

Cuando la crítica que se llama independiente haya puesto de acuerdo á sus representantes más autorizados, tiempo será de examinar sus conclusiones. Hasta entonces, el testimonio de la Iglesia sobre los autores evangélicos y sobre sus obras, puede desdeñar esas voces discordantes que apenas pasan los muros de una escuela ó el círculo de un partido.

Un error no menos grave de la exégesis es el desconocer el carácter testimonial de los Evangelios.

En vez de no ver en ellos mas que la narración de los hechos atestiguados por testigos informados y honrados, se ha tratado de distinguir en sus obras el fondo de la forma; los más moderados han aceptado y discutido el otro; no pensando, tal vez, mas que en atacar la forma, ellos han destruido el fondo.

Así los primeros capítulos del tercer Evangelio han sido, según ellos, una poesía encantadora cuya belleza les llenó de admiración; pero todos esos detalles tan frescos, tan vivos, no eran más que un velo poético para traducir la santidad de Juan Bautista y embellecer la concepción y el nacimiento de Jesús. De esta manera ellos han podido negar la concepción virginal de Cristo.¹

Todo el Evangelio johánico, conforme al mismo procedimiento, ha sido reputado como una obra de teología y no de historia, que tenía por objeto explicar dogmáticamente, en las teorías trascendentales, la doctrina del autor sobre la naturaleza divina de Jesús.²

Esta exégesis, que presenta un carácter de candor y de moderación perfecta, es la ruina de la autoridad de los Evangelios. Por lo demás, ella está en oposición formal con los redactores de esos documentos. Dos de entre ellos testifican que ellos no son más que historiadores que refieren fielmente

¹ *Ibid.*

² Reuss. *Théologie johannique*. Introd.

lo que han escuchado y visto, ó lo que han sabido por boca de los testigos inmediatos á los acontecimientos. A menos de sospechar su buena fe y de atribuirles una mentira vulgar, convienen en recibirles como ellos se dan. Después del siglo diez y ocho, á ningún crítico que se respete se le puede admitir que trate á los Evangelistas de impostores y engañadores, ni aun atenuando el epíteto y reduciendo la trapacería á un artificio literario, á la moda oriental. Se les puede rehusar la ciencia mundana y la literaria de las academias, pero no la honradez y sinceridad.

Todos esos autores han dado su vida por sostener lo que ellos decían ser la verdad. De todas las pruebas de buena fe, no hay otra más sagrada, más triunfante entre los hombres. La simple palabra puede ser sospechosa, la palabra sellada por el martirio y la sangre de los testigos se impone á la confianza de los más escépticos.

VII

La crítica histórica no debe examinar solamente las fuentes escritas y á sus autores, los testimonios y los testigos; ella debe apreciar el contenido de los libros y de los documentos, los hechos y las doctrinas á que ellos se refieren.

¿Qué hechos, qué doctrinas son referidas, expuestas en los cuatro Evangelios y formando la substancia de las disposiciones de cada testigo?—Los hechos de la vida de Jesús, la doctrina que él ha inculcado á sus discípulos y por ellos á la conciencia humana.

Ahora, todos los hechos,—no digo qué hechos, digo todos los hechos importantes, sin excepción, desde el origen de Jesús hasta su salida, su éxodo de este mundo,—son hechos milagrosos. Toda su doctrina relativa á su persona y á su naturaleza, su ley moral lo mismo que las declaraciones solem-

nes por las que él revela su obra y sus relaciones con el Padre que le envía y la humanidad á quien viene á salvar, toda su doctrina es trascendente á la razón; ella es esencialmente profética, porque ella expresa verdades superiores á la experiencia y á las deducciones del hombre. Ella no puede ser aceptada sino por la fe, y su credibilidad no puede ser comprobada sino por los milagros y los hechos que ella engendra en el alma del creyente.

Los Evangelios no son más que una trama no interrumpida de profecías y milagros. No se debe tratar de atenuarla, se la debe reconocer absolutamente y sin vacilación.

Pertenezco bastante á mi tiempo para no ignorar su repulsión violenta contra el milagro, lo trascendente y lo invisible, y su desconfianza hacia los testigos que los atestiguan. Esta repulsión y esta desconfianza inveteradas forman uno de los rasgos de la incredulidad moderna. Las causas de que ellas se derivan son múltiples y profundas; ellas demandarían un largo y penetrante análisis que no entra en el designio de esta introducción. Observaré solamente que los grandes progresos de las ciencias experimentales, sus aplicaciones maravillosas, no han estado sin influencia sobre el estado intelectual psicológico de esta generación.

La cultura exclusiva de las ciencias exactas y naturales ha absorbido el espíritu en la materia; se ha pedido á las fuerzas materiales la explicación de todo; poco á poco se ha tenido en nada lo que estaba fuera de ellas; y, si para obedecer á esa necesidad de unidad indestructible en las inteligencias superiores, se ha buscado el principio universal que dominó á la naturaleza y á la humanidad, en lugar de verla sobre la naturaleza y la humanidad, se la ha buscado ciegamente en la una y la otra. De ahí el positivismo, el materialismo, el panteísmo; ellos pesan más ó menos sobre un gran número de espíritus entre aquellos que enseñan á los demás, y su alianza secreta encadena inconscientemente á la multitud. Esos tres sistemas forman una especie de atmósfera difusa en la que se mueve

y respira la masa humana en nuestro siglo y en nuestro país.

Venir á hablar de milagro y de profecía á un tiempo que se doblega por el peso de semejante opinión, es exponerse á ser despedido, aun sin ser escuchado hasta el fin. Si yo no vacilo en hacerlo con la fuerza de una madura convicción, y con la plenitud de mi fe, no dudo seguramente en someter los milagros y las profecías de la vida de Jesús al examen y á la prueba de la crítica.

Mas hay crítica de crítica, como hay peso de peso.

¿Cuál es entonces la crítica verdadera y segura, aquella que garantiza á la vez la legítima independencia del historiador, la verdad de los hechos que él examina, la antigüedad de los documentos y el respeto debido á los testigos?

Hay tres elementos en el espíritu humano: los principios evidentes, los sistemas, las creencias. Los principios son indiscutibles; ellos se reducen todos al principio de contradicción ó de identidad, de causalidad ó de razón suficiente. En virtud de esos axiomas, las cosas absurdas, contradictorias, los hechos sin causa no pueden existir más que en la imaginación. Los principios no se juzgan, ellos juzgan á todos los sistemas y creencias, ellos miden toda verdad.

Los sistemas son un conjunto de proposiciones coordinadas por las cuales ciertos espíritus cultivados tratan de explicar el origen de los seres.

La masa de los hombres es incapaz de construirlos, ella no puede más que aceptarlos pasivamente con una confianza más ó menos ciega. Ellos determinan á menudo las creencias individuales y la opinión de un siglo. Pero los principios primeros de la razón y las creencias están al alcance de todos.

La crítica entonces no puede apoyarse sino sobre tres bases: las verdades primeras, ó los sistemas ó creencias de cada uno. Si ella invoca una creencia por medida, ella no tendrá valor sino con aquellos que aceptan esta creencia; y si ella invoca un sistema particular, ella no tendrá autoridad sino para los partidarios de este sistema. Si, por el contrario, ella apela

á las verdades esenciales y á los principios inmutables de la razón, ella se impondrá á todos, porque la razón confundida de esta manera se impone á todo sér inteligente.

Aquel que juzga los hechos y los documentos, en donde se hallan consignados con el humor de su siglo y la opinión reinante se expone al error, porque los siglos cambian de humor, y la opinión varía. El que los juzga según su sistema personal y su pequeña filosofía se engañará igualmente, porque ninguna filosofía, por extensa que ella pretenda ser, está á la medida de las cosas y no contiene todo lo real.

Es necesario tener una razón más lata y más segura; ahora, la única que presenta bajo este doble punto de vista toda garantía, es la razón con sus axiomas fundamentales, invariables, eternos, absolutos.

Yo pido á la crítica el juzgar con esta luz todos los hechos evangélicos y todos los milagros; espero con confianza su veredicto.

Esta crítica no pertenece ni á un siglo ni á una escuela; universal y necesaria, ella domina todos los sistemas y todos los tiempos. Ella ha sido practicada por todos los hombres que han respetado á su propia razón y que no se han suicidado con el escepticismo. Nadie puede recusarla, á menos de renunciar á su naturaleza inteligente y racional.

Todo depende de ella: creencias y religiones, sistemas de filosofía y ciencias positivas, libros y documentos.

No solamente la religión cristiana, la teología y los libros sagrados de la Iglesia de Jesús no la huyen y la temen, sino que apelan á ella; y yo no vacilo en afirmar que, únicos, entre todas las creencias, las religiones, los sistemas y los documentos, ellos son capaces de afrontarla. Ni la religión de Bouddha, ni la de Zoroastro, ni la de Mahoma, ni los libros sobre los que se basan estas tres religiones, ni el panteísmo, ni el materialismo, ni el positivismo, resistirían á la crítica de la razón llevada á sus principios primeros de causalidad y de contradicción. Su juicio inexorable no dejará en pie sino al mono-

teísmo de los Judíos, á la teología de los cristianos, á los documentos sagrados del Antiguo y Nuevo Testamento. A medida que el hombre moderno, desengañado de los vanos sistemas en boga, renunciará á pedir la medida de lo que él debe tener por verdadero, no consultará ya más á Kant, á Spinoza, Hégel, á Voltaire, ni á ningún maestro del día; él se replegará sobre la razón, sobre las verdades inatacables que forman la base eterna, y tributará justicia á Aquel que ha venido á enseñarle el origen y el objeto de la vida, la Ley santa á la que debe conformarse, la fuerza para obedecerle, en una palabra, á todo lo que alumbra y consuela, encanta y conforta.

El espíritu armado de la verdadera crítica es el guardián vigilante de las fronteras de la historia; rechaza sin piedad á los que quisieran introducir en ella, como hechos reales, á los caprichos y á los sueños de su fantasía; él proscribe y desenmascara á los *obstruccionistas* que pretenden mutilar el dominio de la realidad, suprimiendo los hechos reales, porque ellos no traen la estampilla de su sistema, ó la marca de su cara. La historia es un terreno que actualmente se disputa. Es necesario evitar que los usurpadores le confisquen y se implanten en él. Algunos quisieran convertirla en un fondo reservado al ateísmo, al panteísmo ó al materialismo; es deber del crítico rehusarlas. La historia no debe pertenecer sino á la razón pura. Ningún papel exige un espíritu más lato y más libre, más desinteresado y más íntegro.

Ahora bien, he aquí lo que la crítica debe preguntarse, en nombre de la razón pura: ¿los hechos sobrenaturales del Evangelio, el origen y el nacimiento de Jesús, su educación y su crecimiento visible, su naturaleza humana y divina, su vocación, los actos de su vida pública y su encadenamiento, su obra, su enseñanza, sus leyes, sus milagros, sus luchas, su manera de vivir y de obrar, su muerte y su resurrección, son verdades históricas que es preciso referir y pintar con toda verdad? No se trata previamente de investigar cómo todas esas cosas han podido producirse, si ellas están á la medida de nuestro

espíritu, más ó menos conformes á nuestras preocupaciones y á nuestra cultura; trátase de saber si ellas existen. Una vez establecidos, la inteligencia podrá ensayar el comprenderlos, explicarlos, demostrar su grandeza y credibilidad; ella no tendrá el derecho de atenuarlos, de negarlos, de mutilarlos y tergiversarlos. El historiador incorruptible no se inquieta por los caprichos de la razón; registra con impasible conciencia lo que comprueba. El no se pregunta si un hecho es ó no milagro, sobrenatural ó natural; le describe tal como le ve.

Todo lo que se tiene derecho de exigir de él, es el ser un testigo concienzudo, íntegro y verídico, es el no aceptar más que las deposiciones de testigos concienzudos, íntegros y verídicos. El debe conservarse á igual distancia de la credulidad que todo lo acepta, aun los absurdos y las fábulas, y de la desconfianza soberbia que rehusa el testimonio, desde que el testimonio pugna con su sistema, su ciencia y su cultura,—lo que se llama indebidamente la razón.

El hombre prevenido es indigno de escribir la historia. El no será jamás más que un falsario.

VIII

Por lo que toca á la realidad de la profecía, llamo la atención del lector sobre este hecho prodigioso que servirá de justificación preventiva á los discursos proféticos de Jesús íntegramente reproducidos en esta obra. Cristo es más que profeta; él es el grande, el único profetizado. Antes que él hubiese nacido, su historia estaba escrita.

Recorriendo el libro del Antiguo Testamento, á quien ningún crítico negará la antigüedad y la integridad, he aquí, en efecto, lo que todos los ojos pueden leer:

"El Señor dijo á Abraham: *En tu raza todas las naciones serán benditas.* (*Gen., XXI*).

"Un profeta, Balam, hijo de Bear, dijo: *Una estrella saldrá de Jacob, y Uncetro se levantará de Israel.* (*Numer. XXIV, 15*).

"Jacob, moribundo, exclama: El cetro no se retirará de Judá, ni el Legislador de su posteridad, sino hasta que venga *Aquel que debe ser enviado.* El será la espera de las naciones. (*Gen., XLIX, 10*).

"El será *Un renuevo* del trono cortado de Jessé, y *Una flor* nacerá de su raíz; El espíritu del Señor se posará sobre El. En este día el *Renuevo de Jessé* será expuesto como una señal á los ojos de todos los pueblos: las naciones vendrán á ofrecerle sus oraciones. (*Isaías, XI, 1 y sig.*)

"Cielos, enviad de lo alto vuestro rocío, y que las nubes hagan descender como una lluvia á *Aquel que es la Justicia Misma*; que la tierra se abra, que *Aquel Que Es la Salvación* sea producido, y que *La Justicia Germine.* (*Isaías, XLV, 8*).

"El Señor, él mismo os dará un prodigio: La Virgen concebirá y parirá *Un Hijo* que será llamado *Emmanuel.* (*Isaías, VII, 14*).

"Y tú Bethlehém, Epphrata, no eres la menor entre las ciudades de Judá, porque de ti nacerá *El Jefe Que Conducirá A Mi Pueblo á Israel.* (*Mig., V, 2*).

"Un pequeño Niño nos ha nacido; y un Hijo nos ha sido dado: él llevará sobre su espalda la marca de su principado. El será llamado El *Admirable*, el *Consejero*, el *Dios fuerte*, el *Padre de una Familia Eterna*, el *Príncipe de la Paz.* (*Isaías, IX, 6*).

"Yo escucho la voz de aquel que clama en el desierto: Prepara la vía del Señor, andad derechos en la soledad, los caminos para *Nuestro Dios.* (*Isaías, XL, 3*).

"Decid á la Hija de Sión: *Aquel que es Tu Salvación* viene. El lleva con El la recompensa que el quiere dar, y el plan de su obra le es presente. (*Isaías, LXII, 11*).

"El Espíritu del Señor está sobre mí, porque Jehovah me ha llenado con su unción. (*Isaías, LXI, 1*).

"El será quien edificará una casa en mi nombre, y yo haré

indestructible su reinado, para siempre. *Yo Seré Su Padre, Y El Será Mi Hijo.* (II Reyes, VII, 13, 14).

"El Señor me ha dicho: Vos sois Mi Hijo, hoy *Os He Engendrado.* (Sal. II, 7).

"El me invocará diciendo: Oh Dios mío, vos sois mi Padre, y el asilo donde encuentro la salvación. A mi vez yo te trataré como á mi Hijo primogénito, yo te elevaré sobre los reyes de la tierra. (*Salm.* LXXXVIII, 27, 28).

"Yo He Salido De La Boca Del Altísimo, Yo He Nacido Antes de Toda Creatura. (Ecles. XXIV, 5).

"El mismo Dios vendrá y os salvará. Entonces, los ojos de los ciegos verán la luz, y los oídos de los sordos se abrirán. El cojo saltará como el ciervo, y la lengua del mudo cantará cánticos. (*Isaías,* XXXV, 4, 15).

"El absorberá á la muerte para siempre; el Señor nuestro Dios secará las lágrimas de todos los ojos, él hará desaparecer de sobre la tierra el oprobio de su pueblo; porque Jehovah es quien ha hablado. Su pueblo dirá: Ved, *Este Es Nuestro Dios;* nosotros le hemos escuchado y él nos salvará, él es *El Salvador,* nosotros le hemos esperado y nos comoveremos con la salvación que él nos da. (*Isaías,* XXVI, 6 y sig.)

"El es quien ha encontrado todas las vías de la verdadera ciencia, y quien la ha dado á Jacob su servidor y á Israel su predilecto. Después de esto, él ha sido visto sobre la tierra y él ha conversado con los hombres. (*Baruch,* III, 36, 37, 38).

"El Señor nuestro Dios dijo Moisés á su pueblo, os enviará *Un Profeta como Yo,* de vuestra nación y de entre vuestros hermanos. A él escucharéis, yo le pondré mis palabras en la boca, y él os dirá todo lo que yo le ordenaré. Y si alguno no quiere escuchar las palabras que ese Profeta pronunciará en mi nombre, yo seré quien hará la venganza. (*Deut.* XVIII, 15 y sig.)

"Esta es la razón por la que mi pueblo conocerá mi nombre; por esta razón sabrá en ese día, que *Yo Soy Quien Hablo: Heme Aquí!!*

"Cuán hermosos son, en la montaña, los pies de *Aquel Que Trae La Buena Nueva,* de Aquel que trae buenas nuevas, que publica la salvación, de Aquel que dijo á Sión: Este es el Reino de tu Dios! (*Is.,* LII, 6, 8).

"Se aproxima el tiempo en el cual haré una nueva alianza con la casa de Israel y la casa de Judá, no como la alianza que yo hice con sus padres en el día en el que los tomé de la mano para hacerlos salir de Egipto; porque ellos han violado esta alianza, y yo los he tratado como Señor severo. Mas, he aquí, la alianza que haré con el pueblo de Israel: yo imprimiré mi ley en sus entrañas, y yo la escribiré en su corazón. Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. (*Jerem.,* XXXI, 31 y sig.)

"Yo les daré á todos un mismo corazón, yo esparciré en sus entrañas un espíritu nuevo. Yo quitaré de su carne el corazón de piedra, yo les daré un corazón de carne, á fin de que ellos eaminen en la vía de mis preceptos, que ellos guarden mis ordenanzas y las ejecuten, que ellos sean mi pueblo y yo sea su Dios. (*Ezeq.,* XI, 19, y XXXVI, 26, 27).

"Después de esto, yo infundiré mi espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros ancianos serán instruidos por sueños, y vuestros jóvenes tendrán visiones. (*Isaías,* II, 12 y s.)

"Abriré mi boca para hablar *Con Parábolas,* propondré *Enigmas,* recordando lo que se ha hecho desde el principio. (*Salm.* LXXVII, 21).

"Yo mismo apacentaré mis ovejas; yo las haré descansar, dice el Señor nuestro Dios; yo iré á buscar á aquellas que se han perdido, yo restableceré á las que hayan sido arrojadas. Yo curaré las llagas de las que hayan sido heridas; yo conservaré á las que estén gordas y fuertes. (*Ezeq.,* XXXIV, 15).

"He aquí á mi *Servidor* á quien yo sostendré, á mi *Elegido* en quien yo me complazco. Yo he enviado á mi Espíritu sobre él. El anunciará la justicia á las naciones. El no clamará, él no levantará la voz. No se le escuchará en las calles. El